

— Hermano mío, dijo entonces Luis XVI al conde de Provenza, ya no os retengo. Tengo que despachar con el subdelegado de policía el trabajo de la semana, y os doy gracias por haber acordado vuestra atención á esta plena, completa y brillante justificación de vuestra hermana. Fácilmente se echa de ver que os regocijáis de ella tanto como yo, que no es poco decir. Ahora, vamos á nuestros asuntos, señor de Crosne: os ruego que toméis asiento.

El conde de Provenza saludó, sonriendo siempre, y salió del gabinete cuando no oyó las voces de las señoras y se creyó fuera del alcance de una mirada maliciosa ó de un dicho amargo.

CAPÍTULO VI.

EN EL CUARTO DE LA REINA.

La reina, así que salió del gabinete de Luis XVI, sondeó la profundidad del peligro que había corrido, y supo apreciar la delicadeza y la reserva de Juana en su deposición improvisada, así como el tacto verdaderamente notable con que, después de aquel triunfo, permanecía en la obscuridad sin tratar de sacar ninguna ventaja.

En efecto, Juana, que por una dicha inaudita acababa de ser iniciada del primer golpe en esos secretos íntimos que los más diestros cortesanos andan diez años cazando sin alcanzarlos, y segura en lo sucesivo de haber tenido una gran parte en aquel día importante para la reina, no manifestaba la menor vanidad con alguna de esas pequeñeces que la orgullosa susceptibilidad de los grandes sabe adivinar en el semblante de sus inferiores.

Así la reina, en vez de aceptar la proposición que le hizo Juana de presentarle sus respetos y retirarse, la detuvo con una sonrisa amable, diciéndole:

— Ha sido una verdadera fortuna, condesa, que me hayáis impedido entrar en la sala de Mesmer con la princesa de Lamballe, pues ya estáis viendo la infamia; con solo haberme visto á la puerta ó en la antesala, ya han tomado de ahí pretexto para decir que me habían visto... en la sala de las crisis... ¿no se llama así?

— Sí, señora, la sala de las crisis.

— Pero, dijo la princesa de Lamballe, ¿cómo es que se han engañado los agentes del señor de Crosne, habiendo sabido los asistentes que estaba allí la reina? Á mi entender, en eso está el misterio: porque los agentes del subdelegado de policía afirman en efecto que la reina ha estado en la sala de las crisis.

— Verdad es, dijo la reina pensativa. Ningún interés puede haber de parte del señor de Crosne, que es un hombre honrado y que me ama; pero, querida Lamballe, bien puede suceder que hayan ganado á sus agentes pues, como véis, tengo enemigos. Pero siempre es preciso que ese rumor tenga algún fundamento. Contadnos, pues, todos los pormenores, señora condesa. Primeramente el infame toleto me representa embriagada, fascinada, magnetizada de tal modo, que habría perdido toda la dignidad de mujer. ¿Qué hay de verosímil en todo esto? ¿Hubo allí en efecto ese día una mujer?...

Juana se ruborizó. Se le presentaba aun el secreto cuya funesta influencia sobre el destino de la reina podía quedar destruido con una sola palabra suya.

Revelando ese secreto, perdía Juana la ocasión de ser útil, y hasta indispensable á S. M., y de este modo arruinaba su porvenir; de consiguiente se mantuvo reservada como la primera vez.

— Señora, dijo, había allí en efecto una mujer muy agitada que ha llamado mucho la atención con sus contorsiones y su delirio: pero me parece...

— Os parece, añadió con viveza la reina, que era alguna mujer de teatro, ó lo que se llama una muchacha de mundo, y no la reina de Francia, ¿no es así?

— Así es, señora.

— Condesa, habéis respondido perfectamente al rey, y ahora me toca á mí el hablar en vuestro favor. Veamos, ¿en qué estado se hallan vuestros negocios? ¿Cuándo esperáis obtener el reconocimiento de vuestros derechos? Pero, princesa, ¿no hay alguno?...

En este momento entró madama de Misery.

— ¿Se digna V. M. recibir á la señorita de Taverney? preguntó la camarista.

— ¡Ella! sí, de seguro. ¡Es tan ceremoniosa! Jamás faltará á la etiqueta... ¡Andrea, Andrea! ¿Qué hacéis que no entráis?

— V. M. es demasiado bondadosa conmigo, dijo Andrea saludando con gracia.

Y percibió á Juana, quien reconociendo á la segunda señora alemana de la casa de beneficencia, acababa de llamar en su ayuda un rubor y una modestia postizos.

La princesa de Lamballe aprovechó el refuerzo que le llegaba á la reina, para volverse á Sceaux, á casa del duque de Penthièvre.

Andrea se colocó al lado de María Antonieta, con sus ojos serenos y escudriñadores fijos en madama de La Motte.

— Y bien, Andrea, dijo la reina; aquí tenemos la señora que hemos ido á ver el último día de la helada.

— He reconocido á esta señora, respondió Andrea inclinándose.

Juana, llena ya de orgullo, se apresuró á buscar en las facciones de Andrea un síntoma de celos; pero no vió más que una completa indiferencia.

Andrea, con las mismas pasiones que la reina; Andrea, mujer superior á todas las mujeres en hermosura, en talento y generosidad si hubiese sido dichosa; Andrea se encerraba en su impenetrable disimulo que toda la corte calificaba del orgulloso pudor de la Diana virginal.

— ¿Sabéis lo que han dicho de mí al rey? dijo la reina.

— Han debido decir todo lo que hay de malo, replicó Andrea, precisamente porque no serían capaces de decir todo lo que hay de bueno.

— He ahí la frase más bella que he oído jamás, dijo Juana sencillamente. La llamo bella, porque, sin quitarle nada, expresa el sentimiento que he abrigado toda mi vida, y mi débil talento no habría sabido jamás formular esas palabras.

— Os lo voy á contar, Andrea.

— ¡Oh! ya lo sé, dijo ésta, pues acaba de contarlo el conde de Provenza, y lo ha oído una amiga mía.

— Es un medio muy diestro de propagar la mentira después de haber tributado homenaje á la verdad, dijo la reina con enfado; pero dejemos eso... Estaba hablando con la condesa sobre su situación. ¿Quién os protege, condesa?

— Vos, señora, respondió resueltamente Juana; ¡vos que me permitís venir á besaros la mano!

— Tiene corazón, dijo María Antonieta á Andrea, y me gustan sus arranques.

Andrea no respondió nada.

— Señora, prosiguió Juana, cuando me hallaba sumida en la miseria y la obscuridad, pocos han osado protegerme; pero ahora, que me habrán visto una vez en el palacio de Versalles, todos van á disputarse el derecho de agradar á la reina, quiero decir, á una persona á quien S. M. se ha dignado honrar con una mirada.

— ¡Cómo! ¿no ha habido ninguno bastante honrado ó bastante corrompido para protegeros por vuestro propio mérito? dijo la reina sentándose.

— Primeramente he tenido por mi protectora á madama de Boulainvilliers, señora muy honrada, respondió Juana; después al señor de Boulainvilliers, un protector corrompido... Pero después de mi matrimonio... ¡oh! no he tenido á nadie... añadió con un síncope de los más diestros... Perdonad, olvidaba un hombre galante, un príncipe generoso...

— ¡Un príncipe! ¿qué príncipe es ese, condesa?

— El señor cardenal de Rohán.

La reina hizo un movimiento brusco hacia Juana.

— ¡Mi enemigo! dijo sonriendo.

— ¡Enemigo de V. M.! ¡Él! ¡el cardenal! exclamó Juana. ¡Oh! señora...

— Cualquiera diría, condesa, que extrañáis que una reina tenga un enemigo. ¡Bien se echa de ver que no habéis vivido en la corte!

— Pero, señora, el cardenal adora en V. M.; á lo menos me parece que así debía creerlo; y si no me he engañado, su respeto hacia la augusta esposa del rey es igual á su afecto.

— ¡Oh! os creo, condesa, repuso la reina entregándose

á su alegría habitual, os creo en parte. Si, eso es, el cardenal adora en mí.

Y al pronunciar estas palabras, se volvió hacia Andrea de Taverney soltando una franca carcajada.

— Pues bien, condesa; el cardenal adora en mí, y he ahí el motivo porque es mi enemigo.

Juana de La Motte afectó la sorpresa de una lugareña.

— ¡ Ah ! conque sois la protegida del señor príncipe arzobispo Luis de Rohán ! prosiguió la reina. ¡ Contadnos eso, condesa !

— Es muy sencillo, señora. Su Eminencia me ha socorrido empleando los medios más magnánimos y delicados, la generosidad más ingeniosa.

— Muy bien. No puede negarse que el príncipe Luis es pródigo. ¿ No os parece, Andrea, que el señor cardenal podrá sentir también alguna adoración por esta hermosa condesa ? ¡ Eh ! condesa, vamos... ¿ qué decís ?

Y María Antonieta volvió á sus francas y alegres carcajadas, que la señorita de Taverney, conservando su seriedad, no trataba de alentar.

— No es posible que toda esa alegría estrepitosa deje de ser facticia, pensó Juana. Veamos.

— Señora, dijo con semblante grave y un acento de convicción, he tenido el honor de afirmar á V. M. que el señor de Rohán...

— ¡ Está bien, está bien ! dijo la reina interrumpiendo á la condesa. Supuesto que tanto celo mostráis por él... y supuesto que sois su amiga...

— ¡ Oh, señora !... exclamó Juana con una deliciosa expresión de pudor y de respeto.

— Bien, querida mía, muy bien, repuso la reina con

dulce sonrisa; pero preguntadle qué es lo que ha hecho de los cabellos que ha hecho me robase cierto peluquero, á quien ha costado caro el atrevimiento, porque le he despedido.

— ¡ V. M. me sorprende ! dijo Juana. ¡ Cómo ! ¿ habría sido capaz de eso el señor de Rohán ?

— ¡ Y tan capaz !... ¡ como que adora en mí ! Después de haberme execrado en Viena, y de haber empleado cuantas arterias pudo para romper mi proyectado matrimonio con el rey, un día llegó á percibir que yo era mujer y reina; que él, hábil diplomático, había obrado como un niño de escuela, y que tendría que estar contrapunteado conmigo. Entonces ese querido príncipe temió por su porvenir, é hizo lo que todos los de su profesión, que acarician más á aquellos á quienes más temen; y como me veía joven, y me creía tonta y vanidosa, ha querido hacer el papel del Celadón. Después de suspirar y hacerse el amartelado, se ha arrojado, como decís, á la adoración... y me adora, ¿ no es verdad, Andrea ?

— ¡ Señora ! respondió ésta inclinándose.

— Sí... Andrea no quiere comprometerse tampoco; pero yo no tengo reparo; á lo menos es preciso que la soberanía sirva para algo. Condesa, sé, y vos sabéis también, que el cardenal me adora. Quedamos convenidas; decidle que no me enoje por eso.

Estas palabras, que encerraban una ironía amarga, hirieron hondamente el gangrenado corazón de Juana de La Motte.

Si hubiese sido noble, pura y leal, no hubiera visto en ellas más que ese supremo desdén de la mujer de corazón sublime, el completo desprecio de un alma superior hacia

las intrigas subalternas que en torno de ella se urden. Esa clase de mujeres, esos ángeles tan raros, no defienden jamás su reputación contra las emboscadas que se les preparan en la tierra, hasta no quieren siquiera sospechar la existencia de ese fango en que se manchan, de esa liga en que dejan las más brillantes plumas de sus doradas alas.

Juana, de una naturaleza vulgar y corrompida, interpretó como un grande despecho en la reina la manifestación de su cólera contra la conducta del cardenal de Rohán. Acordóse de los rumores de la corte, rumores medianamente escandalosos, que habían corrido desde la sala del Tragaluz de palacio hasta el fondo de los arrabales de París y que tanto eco habían hallado.

El cardenal, amante de las mujeres por su sexo, habla dicho á Luis XV, quien también amaba á las mujeres del mismo modo, que la delfina no era más que una mujer incompleta. Sabidas son las frases singulares de Luis XV en el momento del matrimonio de su nieto, y sus preguntas á cierto embajador sencillo. Juana, mujer completa si las hubo, Juana, mujer de la cabeza á los pies, Juana, envaneceida con uno solo de sus hermosos cabellos, Juana, que sentía la necesidad de agradar y vencer por todas sus ventajas, no podía comprender que una mujer pensase de diferente modo que ella sobre estas materias delicadas.

— En S. M. hay despecho, dijo para sí; de consiguiente si hay despecho, debe haber otra cosa.

Entonces, reflexionando que del choque brota la luz, se puso á defender al señor de Rohán con todo el talento y curiosidad de que tan pródigamente la había dotado la naturaleza, como buena madre.

La reina escuchaba.

— Ella escucha, se dijo Juana.

Y la condesa, engañada por su mal carácter, ni siquiera percibía que la reina escuchaba por generosidad; porque en la corte es costumbre que ninguno hable jamás bien de aquellos de quienes el amo piensa mal.

Esta infracción de las tradiciones enteramente nueva, y esta derogación de los hábitos de palacio, contentaban y casi alegraban á la reina.

María Antonieta veía un corazón allí donde Dios no había puesto más que una esponja árida y sedienta.

Continuaba la conversación bajo el pie de esa benévola intimidación por parte de la reina; Juana estaba sobre espaldas, manifestando en su semblante grande embarazo, y ya no veía la posibilidad de retirarse sin que la despidieran, siendo así que hacía un momento representaba el hermoso papel de la mujer extraña que solicita un permiso. Pero de súbito, resonó en el gabinete contiguo una voz joven, alegre y bulliciosa.

— ¡El conde de Artois! dijo la reina.

Andrea se levantó inmediatamente, y Juana se disponía á retirarse; pero el príncipe había entrado tan súbitamente en el cuarto en que estaba la reina, que casi era imposible la salida. Sin embargo, Madama de La Motte hizo lo que, en términos de teatro, se llama marcar una salida.

El príncipe, al ver aquella linda joven, se paró y la saludó.

— La señora condesa de La Motte, dijo la reina presentando á Juana al príncipe.

— ¡Ah, ah! exclamó el conde de Artois. No os retiréis por mi causa, señora condesa.

La reina hizo un señá á Andrea, y ésta retuvo á Juana. Esta señá quería decir: Tenía que hacer alguna liberalidad á madama de La Motte y no he tenido tiempo; lo dejaremos para más tarde.

— Conque ya estáis de vuelta de la caza del lobo, dijo la reina dando la mano á su hermano según la moda inglesa, que á la sazón principiaba á estar en boga.

— Sí, hermana mía, y he hecho muy buena caza, pues he matado siete; y es enorme, respondió el príncipe.

— ¿ Los habéis matado vos mismo?

— No estoy muy seguro de ello, respondió el conde riendo; pero así me lo han dicho. De todos modos, ¿ sabéis, hermana mía, que he ganado setecientas libras?

— ¡ Bah! ¿ y cómo?

— Sabed que se pagan cien libras por cada cabeza de esos horribles animales. Es pagarlas caras, pero gustoso daría yo doscientas por cada cabeza de gacetero... ¿ Y vos, hermana mía?

— ¡ Ah! exclamó la reina. ¿ Conque ya sabéis la historia?

— Me la ha referido el conde de Provenza.

— ¡ Y van tres! repuso María Antonieta. El conde de Provenza es un narrador intrépido é incansable. Decidnos cómo os la ha contado.

— De una manera que os ha hecho aparecer más blanca que el armiño, más blanca que Venus afrodita. También anda en el enredo otro nombre que acaba en *ene*; los sabios podrían descifrarlo; por ejemplo, mi hermano de Provenza.

— ¿ Pero no deja de ser cierto que os ha contado la aventura?

— ¿ Del gacetero? Sí, hermana mía; pero V. M. ha salido de ella con felicidad, y hasta se podría decir, si uno hiciese un equívoco como los que hace diariamente el señor de Bievre: El negocio de la cubeta está lavado.

— ¡ Oh! ¡ qué juego de palabras tan espantoso!

— Hermana mía, no maltratéis á un paladín que venía á poner á vuestra disposición su brazo y su lanza. Afortunadamente no necesitáis de nadie. ¡ Ah, querida hermana mía, tenéis lo que se llama suerte!

— ¡ Vos llamáis suerte á eso! ¿ Oís lo que dice, Andrea?

Juana se echó á reir, y el conde, que no cesaba de mirarla, la alentaba; de manera que hablaban á Andrea y respondía Juana.

— Es tener suerte, repitió el conde de Artois; porque al cabo muy bien habría podido suceder, carísima hermana, primero, que no hubiese ido con vos madama de Lamballe.

— ¿ Y habría ido yo sola?

— Segundo, que madama de La Motte no se hubiese hallado allí para impedirnos de entrar.

— ¡ Ah! ¿ Conque sabéis que estaba allí la señora condesa?

— Hermana mía, cuando el señor conde de Provenza cuenta una cosa, la cuenta con todos sus pelos y señales. En fin, habría podido suceder que madama de La Motte no se hubiese hallado en Versalles precisamente cuando podía servir de testigo. Sin duda me diréis que la virtud y la inocencia son como la violeta, que no necesita ser vista para ser reconocida; pero de la violeta, hermana mía, se hacen ramilletes cuando se la ve, y la arroja uno cuando ha aspirado su perfume. He ahí mi moral.

— ¡ Es bella vuestra morai !
 — Yo la tomo como la hallo, y os he probado que habéis tenido suerte

— Muy mal probado.

— ¿ Hay que probarlo mejor ?

— No será superfluo.

— Pues bien ; sois injusta en acusar á la fortuna, dijo el conde haciendo piruetas para ir á sentarse en el sofá de la reina ; porque al cabo, salvada de la famosa escapatoria del cabriolé...

— ¡ Va una ! dijo la reina contando por los dedos.

— Salvada de la cubeta...

— Sea, cuento también esa, ¡ y van dos ! ¿ qué más ?

— Y salvada de lo del baile, le dijo al oído.

— ¿ De qué baile ?

— Del baile de la Ópera.

— ¿ Qué decís ?

— Digo el baile de la Ópera, hermana mía.

— No os comprendo.

El conde se echó á reír.

— ¡ Qué majadero soy en haberos hablado de un secreto !

— ¡ De un secreto ! Se vé bien, hermano mío, que me habláis del baile de la Ópera, porque no hacéis más que picar mi curiosidad.

Estas palabras : BAILE, ÓPERA, acababan de herir los oídos de Juana, y de consiguiente redobló ésta su atención.

— ¡ Chitón ! dijo el príncipe.

— ¡ Nada de eso, nada de eso ! Expliquémonos claramente, replicó la reina. Me habláis de un lance de Ópera, ¿ qué quiere decir eso ?

— Imploro vuestra piedad, hermana mía.

— Insisto, conde, en que me lo expliquéis...

— Y yo, hermana mía, insisto en callar.

— ¿ Queréis desagradarme ?

— De ningún modo. Supongo que he dicho ya bastante para que comprendáis.

— No habéis dicho nada absolutamente.

— ¡ Oh ! hermanita, vos sí que picáis mi curiosidad...

Vamos... ¿ habláis formalmente ?

— Palabra de honor que no me chanceo.

— ¿ Queréis que yo hable ?

— Ahora mismo.

— En otra parte y no aquí, dijo el conde señalando á Juana y Andrea.

— ¡ Aquí, aquí ! Nunca hay demasiados testigos para una explicación.

— ¡ Tened cuidado ! hermana mía.

— Todo lo arrostro.

— ¿ No estabais en el último baile de la Ópera ?

— ¡ Yo ! exclamó la reina. ¡ Yo en el baile de la Ópera !

— ¡ Por favor, no gritéis !

— ¡ Oh ! no ; gritemos, hermano mío. ¿ Decís que estabais en el baile de la Ópera ?

— Sí, ciertamente que estabais.

— ¿ Vos me habéis visto quizás ? replicó la reina con ironía, pero en tono de broma.

— Os he visto.

— ¡ Á mí, á mí !

— ¡ Á vos, á vos !

— Esto es ya muy fuerte.

— Lo mismo que yo me he dicho.

— ¿ Por qué no decís que me habéis hablado? Eso sería aun más singular.

— A fe mía iba á hablaros cuando una oleada de más-caras nos separó.

— ¡ Estáis loco !

— Estaba seguro de que me diríais eso ; y he cometido una imprudencia, pues no debía exponerme á ello.

La reina se levantó de súbito, y dió algunos pasos por el cuarto con agitación.

El conde la miraba con aire de asombro.

Andrea temblaba de miedo é inquietud.

Juana se clavaba las uñas en la carne para conservar buen continente.

Paróse la reina y dijo al joven príncipe :

— Amigo mío, no andemos en bromas, pues tengo un genio tan malo que, ya véis, pierdo la paciencia. Confesadme pronto que habéis querido divertirnos á costa mía, y quedaré muy contenta.

— Os lo confesaré si así lo queréis, hermana mía.

— Sed formal, Carlos.

— Como un pez, hermana mía.

— Por piedad, decidme, habéis forjado ese cuento, ¿ no es verdad ?

El conde miró á las dos señoras, guiñando el ojo, y luego dijo :

— Sí, lo he forjado ; tened á bien perdonarme.

— No me habéis comprendido, hermano mío, repitió la reina con vehemencia. ¿ Sí ó no ? ¿ Retiráis delante de estas señoras lo que habéis dicho ? No mintais ni me guardéis miramientos.

Andrea y Juana se eclipsaron entre los tapices de Gobelinos.

— Pues bien, hermana mía, dijo el príncipe en voz baja cuando aquéllas no estaban presentes : he dicho la verdad, ¿ por qué no me lo advertisteis antes ?

— ¿ Me habéis visto en el baile de la Ópera ?

— Como os estoy viendo, y vos me habéis visto también.

La reina lanzó un grito, llamó á Juana y Andrea, corrió á buscarlas al otro lado de los tapices, las cogió cada una de una mano, y arrastrándolas á ambas rápidamente, dijo :

— Señoras, el conde de Artois afirma que me ha visto en el baile de la Ópera.

— ¡ Oh ! murmuró Andrea.

— No es ya tiempo de retroceder, prosiguió la reina. Probadlo, probadlo...

— Obedezco, dijo el príncipe. Me hallaba con el mariscal de Richelieu, con el señor de Calonne, con... en fin, con otros varios, cuando veo que os cae vuestra careta...

— ¡ Mi careta !

— Iba á deciros : Eso es más que temerario, hermana mía ; pero desaparecisteis arrastrada por el caballero que os daba el brazo.

— ¡ Por el caballero ! ¡ Dios mío ! ¡ Me volvéis loca !

— Por un dominó azul, añadió el príncipe.

La reina pasó la mano por su frente.

— ¿ Qué día fué eso ? dijo.

— El sábado, la víspera de mi salida para la caza. Por la mañana, cuando salí, estabais aun durmiendo, pues sin eso os habría dicho lo que acabo de deciros.

— ¡ Dios mío, Dios mío !... ¿ Á qué hora me visteis ?

— Pod'a ser de las dos á las tres.

— Decididamente, ó estoy loca ó lo estáis vos.

— Os repito que os he visto yo... me habría equivocado... sin embargo...

— Sin embargo ¿qué?

— No os mortifiquéis tanto... pues no se ha sabido nada... Cref un momento que estabais con el rey, pero el personaje que os acompañaba hablaba alemán, y el rey sólo sabe inglés.

— ¡Alemán... un alemán! ¡Oh!... tengo una prueba en mi favor, hermano mío: el sábado me acosté á las once.

El conde saludó como un hombre incrédulo, sonriéndose.

La reina agitó la campanilla.

— Os lo va á decir madama de Misery, dijo.

El conde se echó á reir.

— ¿Por qué no llamáis también á Lorenzo, el suizo de los Estanques, que también podrá testificar? Hermanita mía, soy yo el que ha fundido ese cañón, así no lo disparéis contra mí.

— ¡Oh! exclamó la reina encolerizada. ¡Oh! ¡No ser creída!

— Os creería, si no os encolerizaseis tanto. Pero ¿qué queréis? Si yo os digo sí, otros, cuando vengan, dirán no.

— ¡Otros! ¿qué otros?

— ¡Pardiez! Los que os han visto como yo.

— ¡Ah, vaya una cosa curiosa! ¿Conque hay otros que me han visto? Pues bien; mostrádmelos.

— Al momento... ¿Está por ahí Felipe de Taverney?

— ¡Mi hermano! exclamó Andrea.

— Señorita, se hallaba en el baile, dijo el príncipe. ¿Queréis que se le interrogue, hermana mía?

— En el acto.

— ¡Dios mío! murmuró Andrea.

— ¿Qué es eso? dijo la reina.

— ¡Mi hermano llamado á declarar!

— Sí, sí, yo lo quiero.

Y la reina llamó. Acudieron al punto, se fué á buscar á Felipe, hasta en la casa de su padre á quien acababa de dejar después de la escena que hemos descrito.

Felipe, dueño del campo de batalla después de su duelo con Charny; Felipe, que acababa de hacer un servicio á la reina, se dirigía alegremente hacia el palacio de Versalles.

Se le halló en el camino, comunicósele la orden de la reina, y acudió presuroso.

María Antonieta se lanzó á su encuentro, y colocándose frente á él, le dijo:

— Vamos, caballero, ¿sois capaz de decir la verdad?

— Sí, señora, é incapaz de mentir, respondió.

— Entonces decid... decid francamente si... si me habéis visto en un sitio público en estos ocho días.

— Sí, señora, respondió Felipe.

Los corazones de los circunstantes latían tan fuertemente que se los podía oír.

— ¿En dónde me habéis visto? repuso la reina con voz terrible.

Felipe se calló.

— ¡Oh! no me guardéis ningún miramiento, caballero. Mi hermano, que está aquí presente, dice sin reparo que me ha visto en el baile de la Ópera. ¿Me habéis visto vos también?

— Os he visto en el baile de la Ópera como monseñor el conde de Artois, señora.

La reina se dejó caer aniquilada sobre el sofá.

Luego, levantándose con la rapidez de una pantera herida, dijo :

— Es imposible, supuesto que yo no estaba allí. ¡ Tened cuidado, señor de Taverney ! pues veo que os tomáis aquí el aire de un puritano. Eso era muy bueno en América, con el señor de Lafayette, pero en Versalles nosotros somos franceses, corteses y sencillos.

— ¡ V. M. abruma á mi hermano ! dijo Andrea, pálida de cólera. Si él dice que os ha visto, es porque os ha visto.

— ¡ Vos también ! exclamó la reina. ¡ Vos también ! No falta en verdad más que una cosa, y es el que vos me hayáis visto. ¡ Por Dios ! que si tengo amigos que me defienden, también tengo enemigos que me asesinan. Señores, un solo testigo no hace prueba.

— Me hacéis recordar, dijo el conde de Artois, que en el momento de veros y cuando percibí que el dominó azul no era el rey, creí que era el sobrino del señor de Suffrén. ¿ Cómo se llama ese valiente oficial que ha hecho la hazaña del pabellón ? Le habéis recibido tan bien el otro día, que creí fuese vuestro caballero de honor.

La reina se ruborizó ; Andrea se puso pálida como la muerte, y ambas se miraron y estremecieron al verse de ese modo.

Felipe se puso lívido.

— ¡ El señor de Charny ! murmuró.

— ¡ Charny ! Eso es, preguntó el conde de Artois. ¿ No es verdad, Felipe, que la apostura de aquel dominó azul tenía alguna semejanza con la del señor de Charny ?

— No he hecho atención, monseñor, dijo Felipe con voz sofocada.

— Pero al punto advertí que me había equivocado, prosiguió el conde de Artois, porque se me presentó muchas veces á mis ojos el señor de Charny. Estaba allí, cerca del señor de Richelieu, enfrente de vos, hermana mía, en el momento en que cayó vuestra careta.

— ¿ Y me ha visto él ? exclamó la reina sin consultar á la prudencia.

— Á menos que sea ciego, respondió el príncipe.

La reina hizo un movimiento de desesperación, y agitó de nuevo la campanilla.

— ¿ Qué hacéis ? le dijo el príncipe.

— Quiero interrogar también al señor de Charny, quiero apurar el cáliz hasta las heces.

— No creo que Charny se halle en Versalles, murmuró Felipe.

— ¿ Por qué ?

— Me parece haber oído que se hallaba... indispuesto.

— ¡ Oh ! el asunto es bastante grave para que venga, caballero. También yo estoy indispueta, y sin embargo iría descalza hasta el fin del mundo á trueque de probar...

Felipe se acercó con el corazón desgarrado á Andrea, que estaba mirando por la ventana que daba sobre los parterres.

De súbito Andrea no pudo reprimir un grito.

— ¿ Qué hay ? preguntó la reina adelantándose hacia ella.

— ¡ Nada, nada !.. Decían que el señor de Charny estaba enfermo, y le estoy viendo.

— ¿ Le estáis viendo ? exclamó Felipe corriendo á su vez.

— Sí, es él.